

VII

Honores para el hijo de un héroe

El tiempo pasa rápido. A cinco años de la guerra de Coto, Felipe aún conservaba las botas casi intactas. No había querido usarlas sino en contadas ocasiones. Les daba brillo y, recordando las palabras de Beto al entregárselas, insistía en conservarlas como quien cuida una reliquia, pero al venir a la ciudad para un asunto del tal categoría había pensado que lo más oportuno era calzárselas se sentía orgulloso de su papá. Tocó en su pecho la medalla de oro y en el bolsillo el cheque. Mejor era cambiarlo enseguida. Entró en el Banco, le dieron los billetes y echó a andar calle abajo. Quería echarle un vistazo a la capital.

Nunca habría imaginado que iba a sentirse tan feliz y orgulloso.

Esa mañana, en la isla, jamaqueado, despertó turulado, pues la voz de Faustina lo urgía, carajo, apúrate, Cairote está buscándote. Y había quedado alerta. De un brinco quiso saltar por la ventana y huir, pero el paco ya estaba allí a su lado.

—Debes venir conmigo a la Alcaldía.

—¿Por qué motivo?

—Creo que se trata de algo muy importante.

Se vistió a la ligera. Por más que hacía memoria no recordaba de qué delito grave podrían culparle. Sea lo que sea, de todos modos siempre me echan la culpa.

El Alcalde se le quedó mirando suspicaz.

—Siéntate, Pipe. Vas a ir a la ciudad.

—¿Algo grave?

—Creo que sí.

Como un turbión desconcertante apareció de pronto Chon Candela y lo abrazó emocionada.

—¡Chompipe! ¡Hijo de un héroe!

El alcalde Chinino leyó solemnemente la comunicación oficial.

Pipe quedó en Belén con los pastores. Tenía la mente en blanco y, por el hecho de hallarse como ausente, no había escuchado nada.

—En resumidas cuentas —dijo el Alcalde—, el Gobierno ha resuelto premiar a las familias de los soldados muertos en la guerra de Coto. Tu papá, sobre todo, que demostró su arrojo y valentía en el ataque, va a ser reconocido como un héroe, mérito que lo hace acreedor a una medalla y a cierta suma de dinero que tú recibirás en tu carácter de hijo único. He aquí tus credenciales. La ceremonia tendrá lugar mañana. Me siento complacido de este homenaje póstumo a Goyo Gancho.

Calzado con las botas del héroe, Felipe se embarcó al día siguiente bien temprano. Poco antes de partir, Chon Candela le dio una carta para Ida.

—Vive en el Metropole. Dile que venga, que no siga ofendida, que no sea ingrata.

La ceremonia oficial sería a las once de esa misma mañana. Felipe tuvo tiempo de ir a entregar la carta.

Subió al segundo piso del cabaret y, por el número, dio con el cuarto de Ida.

La puerta estaba abierta, semiajustada. Tocó. Nadie repuso a su llamado. Volvió a golpear con los nudillos. Tampoco.

Se asomó. Entró. Avanzó.

Sobre la cama, boca abajo, desnuda, vio a Ida Durgel. Las sábanas manchadas de sangre lo hicieron imaginarse un crimen.

Era mejor escabullirse. Siempre me echan la culpa.

Oyó un raro estertor. Todavía estaba viva. ¿Agonizando?

La llamó, remeciéndola:

—¡Ida! ¿Qué pasa?

La mujer fue saliendo de su brumalidad etílica.

—¿Qué tal, Pipe? Dispensa. La parranda de anoche duró hasta el alba. No me pude escapar porque en mi mesa estaban el Alcalde, el Comandante, un teniente y otros cojudos personajes de rango.

Tosió con tono cavernoso. Fue al servicio. Escupió. Volvió cubierta con una bata roja.

—¿Me traes algo, Chompipe?

—Chon te manda una carta. Quiere que vayas a la isla. Dice que necesitas descansar y curarte. Sabe que estás enferma.

—Dile que estoy más sana que ella. Esa sangre es residuo de mi luna.

Leyó la carta, entristecida.

—Necesito estar sola. Quiero vestirme o a lo mejor sigo durmiendo. No me siento muy bien. Si quieres, vuelve. Por la tarde o esta noche.

La ceremonia fue sencilla pero algo fastidiosa. Sudoroso por el calor que hacía, Felipe oyó discurso tras discurso y se sintió muy conmovido al escuchar las frases que, de ráfaga en ráfaga, hacían mención del heroísmo demostrado por su papá en la guerra. Goyo Gancho había ido más allá del valor. Su arrojo, su valentía, su temple resolvieron el triunfo, pero fue una locura, tal como si él hubiera deseado suicidarse.

El Presidente de la República en persona le colocó en el pecho la medalla y le entregó el cheque.

Todos se le acercaron y lo felicitaron. Era el hijo de un héroe.

Quiso dar un paseo por la cercana Zona del Canal. Tenía un vago recuerdo de cuando era muy niño. De paso por las limpias aceras, su papá le decía no te descuides y no pises la hierba, ni siquiera puedes tocar las plantas. No hables alto. No grites. Aquí todo es prohibido. Del suelo no recojas ni el más simple tornillo, tuerca o clavo. Sobre todo, no olvides que a las personas negras como nosotros, los gringos no las quieren.

Tenía razón mi tata, pensó. Sólo adentrándose por algunos lugares notó que nada había cambiado. Todo estaba prohibido. Por todas partes había letreros en inglés cortando el paso o estableciendo disparidades crueles: **ghetos** con casas miserables para los negros y mansiones lujosas para los blancos; escuelas para negros y escuelas para gringos. La discriminación aparecía en todas partes. En tiendas, comedores, piscinas, excusados y hasta en los cementerios. Felipe imaginé que si arrancaba una flor, surgiría de inmediato, como en los cuentos de Hadas, una bestia o un ogro. En efecto, viendo un árbol de mangos cargado de hermosísimas frutas maduras tiró una piedra con tan seguro tino que cayeron al suelo dos o tres; pero apenas se acercó a recogerlos oyó un pito y un paco gringo le gritó palabrotas. Huyó. Le dispararon. Por fortuna estaba cerca del límite. Logró meterse en una calle de las que están cercanas a la **Zona del Canal**. Entró a pelarse en una peluquería. No había clientes y se sentó en la silla. Lo hizo más con la idea de descansar y calmarse. El barbero, que era blanco y macizo se le quedó mirando y martillando las erres le preguntó ¿qué quierres? Felipe comprendió que era uno de esos judíos expulsados por Hitler. Quiero pelarme. No les pelamos a los negros. Felipe, ya emputado, le repuso judío de mierda, no estamos en la Zona del Canal. Eso no importa, dijo el otro, puse precisamente mi barbería en el límite sólo para los gringos. O te largas o llamo a un policía. Felipe sintió ganas de pegarle, pero se abstuvo. Recordando a Cairote, prefirió no confiar en policías lameculos de los gringos. Entró en un restaurante. Vio que el dueño también era judío de los llegados en la última avalancha pues hablaba con erres y pronunciaba mal el español. Era gordo y panzudo. Felipe se sentó y de inmediato se acercó una mesera, joven, negrita y bella. A Felipe le agradó la muchacha y empezó a piropearla y a conversar con ella. Supo que era de la isla de San Miguel. Con razón eres linda. Yo estuve allí buceando. Me encantaba el sancocho de **negroencuero**. ¿Puedes servirme un plato? Ella, añorando su isla, se echó a reír feliz. El alemán, furioso, se acercó bruscamente dando gritos y la llamaba chomba bruta asquerosa. La chiquilla se quitó el delantal, se lo tiró a la cara y se fue brava maldiciendo al judío. Felipe optó por irse no sólo como acto de protesta sino más por la idea de seguir a la muchacha. La alcanzó. Aunque la chica se sentía preocupada por haberse quedado sin empleo, él, animándola, la invitó a comer. La muchacha le dijo: Cerca del Panazone hay un sitio donde sirven comida buena, barata y abundante. Difícilmente hallaron donde sentarse y había gran movimiento y gritería tanto allí como en la plaza vecina. La muchacha trató de explicarle a Felipe el motivo de aquella actividad inusitada en el Parque de Santa Ana.

Es una especie de manifestación popular contra los caseros por el aumento de los alquileres. Desde la mesa que les había tocado, mientras bebían cerveza y saboreaban los guisos, oían que la trifulca inquilinaria crecía. Al terminar, trataron de aproximarse al kiosco para oír los discursos. Fue entonces cuando, al primer disparo, la multitud vociferó enardecida. Se formó la balacera. La gente, enloquecida, corría de un lado a otro. Felipe perdió de vista a la muchacha y él, huyendo, se metió en el Cercano Metropole. Pidió enseguida una cerveza. Los policías entraron y comenzaron a apresar a éste y a aquél. Por fortuna Ida, que tenía **pull** con el Alcalde, atestiguó que su pariente Felipe había pasado con ella toda la tarde. Esa noche Chompipe se acostó con su Tita, y en los días subsiguientes sintió vergüenza y rabia al ver cómo los gringos, con arreos de combate, invadieron, asesinando a muchos inocentes con la anuencia, complicidad y beneplácito de las autoridades oligarcas.

Felipe prefirió viajar cuanto antes a la isla temiendo que ésta también hubiera sido invadida y ultrajada por los soldados yanquis. Al llegar se dio cuenta de que en el pueblo se comentaba la noticia de modo airado. Inermes e impotentes, los hombre se sentían defraudados.

El Mogo Tin, al recibirlo en el muelle, le había anunciado a quemarropa la sorpresiva muerte de Balbina.

En el velorio de la apacible viejecita, la gente recordaba que, aun siendo hija de gringo, jamás sintió por ellos gran afecto. Por eso hacía abortar a las muchachas violadas por **marines**.

El perro negro aullaba de modo lastimoso tal vez consciente de que su ama había muerto.

De vez en cuando el burro también hacía sentir sus rebuznos.

Cairote repartía cigarrillos y tragos entre la gente y agradecía las condolencias de quienes se acercaban a abrazarlo.

Casi nadie hacía mención de la difunta, pues el asunto que encendía los ánimos era la ocupación del propio suelo por los malditos yanquis, asesinando e hiriendo a pobre gente sin conmiseración.

Papa Chente y don Plácido recordaban múltiples desafueros anteriores.

—Son unos desalmados —decía Ladera—; pero debemos aceptar que los culpables no son sólo ellos sino la imbécil oligarquía del Istmo

entronizada sistemáticamente en el Poder. Desde el comienzo de nuestra débil vida republicana, una jauría de gente sin escrúpulos reñía por alcanzar el solio presidencial. Por eso preferían que el ejército norteamericano vigilara las elecciones y aceptaron que estos hijos de puta desarmaran a la Policía Nacional. Casi siempre que nos han invadido ha sido a petición de nuestras autoridades. Varias veces han querido robarse esta isla con el pretexto de transformarla en base militar. Afortunadamente el pueblo, nuestra gente sencilla, quienes tienen conciencia de sus deberes ciudadanos, siempre han sabido protestar y hacer sentir sus derechos violentamente. Al propio general Pershing le tocó ser testigo de esa violencia cuando, triunfante contra el Kaiser quiso darse un paseo por las ciudades canaleras del Istmo. Seguramente ansiaba cosechar los aplausos de la horda tropical. (¡Oh General, mi General!) Sufrió tan increíble sorpresa, que quedó anonadado. La muchedumbre lo recibió con gritos que no eran de entusiasmo sino estridentes y punzantes. Los sentía hundirse en sus oídos como afiladas bayonetas. Y tuvo que ponerse a buen recaudo, pues la salva de aplausos que esperaba se convirtió en pedradas. Hasta huevos podridos le tiraron. Mi General no tuvo más remedio que tomar las de Villadiego. El pueblo isleño celebró el triunfo. El enemigo número uno había sido derrotado. La consabida soberanía quedaba a salvo por el momento. Lo cual no preocupó extremadamente a los muy abnegados defensores del orden y la paz. Claro, qué bleo iba a importarles. Convencidos de que la América es para los americanos según el amañado y ambiguo **slogan de Monroe**, a la chita callando clavaron su bandera en nuestra isla, su bandera con barras y estrellas flamea en el hotel y en otro sitio que es ya una nueva base para mantenimiento y defensa del Canal. Sabemos que la patria siempre cede, buena sede para el próximo paso de la conquista.

VIII

Malos presagios de Papa Chente

Enferma como estaba, Ida Durgel no le servía a Marino sino de estorbo. Con miras a deshacerse de ella, la alojó en la casita donde vivió Balbina y que, al morir ésta, había quedado desocupada. Cairote, el heredero, se la alquiló barata.

Ida Durgel estaba tuberculosa. Se rumoraba que por eso tenía fiebre uterina motivo por el cual jamás se saciaba. Para colmo de males, Marino casi nunca iba a verla pues además de sus afanes del Gabinete tenía más atractivas aventuras de amor. Para evitar que Ida le formara un escándalo, cumplía con ella enviándole lo que necesitaba para sus gastos amén de comestibles. Además, le pagaba al doctor Ladera para que fuera a visitarla de vez en cuando y le brindara las atenciones necesarias.

Felipe no ignoraba que, aun siendo mayor que Ida, era su sobrino. Esta curiosa sensación de una tía menor que él y bonita lo atraía casi morbosamente, sobre todo por saber que era la amante de Marino y que, además había bailado imitando a Josefina Baker en los cabarets con un simple rosario de guineos en la cintura y cantando **yes we have no bananas**. Cuando él fue a visitarla, también ella se divirtió con la idea de tener un sobrino mayor y se reían de lo lindo. Bebieron varios tragos y no les fue difícil solazarse en la cama. Ya en la isla, lo hicieron sistemáticamente tras el paseo romántico, a media noche, por las desiertas playas de Barlovento.

Lo que mortificaba a Felipe aterradoramente era la salud de Ida cuya tisis la hacía toser a veces con agónico estruendo cavernoso. Felipe consultó a la tía Faustina y ésta le recetó a la enferma beber sangre de res recién vertida. Felipe iba con Ida Durgel al matadero. Llevaban listo un recipiente.

El matarife le metía la puntilla a la res; ésta caía bramando; el hombre la degollaba; salía el chorro de sangre que Felipe recogía en la vasija. Ida Durgel bebía la sangre espumosa. Los labios le quedaban ensangrentados. Felipe la besaba a instancias de ella, pero no le sabía muy a su gusto, sobre todo porque a veces solían mezclarse la sangre de ella y la del toro. La tos era tan fuerte e insistente que por las noches le dolía el pecho y él tenía que frotárselo con sebo. Una noche la vio toser casi hasta ahogarse. Con los ojos inmensamente abiertos debido al paroxismo, ella pidió por señas la bacinilla que Felipe sostuvo mientras Ida vomitaba la sangre. Todo ello preocupaba a Felipe. Faustina le decía que se apartara porque podía pescar la enfermedad. De todos modos, él deseaba aliviarle los dolores y Faustina, con muchas reticencias, le recetó sobijos con manteca de muerto. Felipe fue a la botica y, sin ambages, solicitó el extraño emplasto.

Ladera se le quedó mirando y le repuso reído:

—Dile a tu tía Faustina que yo no vendo grasa para las brujas. Lo mejor es que fría a un niño abortivo. Al fin y al cabo, ya no hay Inquisición.

Ida seguía mostrándose insaciable y Felipe comenzó a impacientarse y a aburrirse, lo cual no era óbice para que al encontrarse entre sus compinches no hiciera mil elogios de Ida Durgel, de su belleza cuando se desnudaba, de sus tiernas caricias, de sus suaves cadencias. Lo hacía con el propósito de entusiasmarlos. Engatusados, también ellos quisieron probar del dulce. Pipe les hizo ver que Ida cobraba por cada vez un dólar. Aceptaron, sin darse cuenta de la trampa. A Ida, Felipe le cobró por cada amigo que le llevara de manera que ella pudiera así calmar su fuego uterino. Fueron pasando sobre las piernas de Ida el Fulo Cañango, el Mogo Tin, Zósimo Chen, Mingo Segura y hasta el chino Ling Chen, padre de Zósimo, a quien Felipe le cobré cinco tucos. Apenas Ida y los jinetes que la montaban se dieron cuenta del fraude se pusieron de acuerdo y se negaron a seguir cotizando. A Felipe no le importó un comino. Tenía a su haber opimos beneficios.

Cuando Cairote se enteró del asunto quiso expulsar a Ida Durgel de la casa y habló al respecto con Marino delatando a Felipe como culpable de la inmoralidad. Marino se echó a reír. Muy poco le importaban ni las bellaquerías de Felipe ni el desparpajo de Ida Durgel. La pobre —dijo— está en las últimas. Déjala revolcarse a su antojo. Y como el otro insistía, se vio obligado a comprarle la casa con todo y sus haberes, vírgenes, Cristo, burro, perro, etc., incluyendo la cueva del azogue, el solar y los muebles.

Ida consideró de buen augurio el hecho de que Marino le regalara la casita con el borrico y las imágenes. Muy contrita comenzó desde entonces a hacer vida de pecadora arrepentida. Limpiaba las imágenes, les lavaba la ropa, las adornaba con multitud de flores y velas encendidas e iba a la iglesia con frecuencia. El borrico y el perro se acostumbraron a la holganza y a andar casi al garette pues ella no se ocupaba de ellos hasta el momento en que el padre Brito la llamó al orden y le dijo que el Domingo de Ramos tenía ella que ocuparse del borrico. A Ida le pareció como de perlas la idea de revestir al pollino con cintas y papelitos de colores y hacerse responsable de llevarlo a la plaza con la imagen del Nazareno a cuestras. En esos días se afanó tanto adecentando la túnica morada y en darle brillo a la aureola de cobre y aun bañar al borrico, que la pobre sufrió una recaída y tosió más que nunca.

El Domingo de Ramos llegó a la plaza con el pollino debidamente enguinaldado más el Mesías trajeado. Para ponerse a tono con la bíblica fiesta ella misma creyó oportuno disfrazarse de dulce samaritana llevando al burro del ronzal.

Al verla, Papa Chente no pudo resistir su indignación y empezó a protestar.

—Nos deshicimos de la anterior jumenta por sus non sanctos descarríos y ahora resulta que al borrico lo conduce una puta.

El padre Brito se apresuró a calmarlo:

—No se preocupe, Papa Chente. Ella me ha prometido pagar manda y vestir de Magdalena el Viernes Santo.

—¿Deja por eso de ser zorra? —repuso Papá Chente—. La casa de Balbina era un santuario, e Ida Durgel la ha convertido en un obscuro prostíbulo. Insisto en que esto es una burda profanación. Espero que no traiga consecuencias nefastas.

A los pocos minutos la alegría de la fiesta hizo que todos olvidaran los malos presagios del juez Vicente Barcia. Los niños enarbolaban palmas y cantaban viva viva mi Salvador, y entre alegres hosanas infantiles el Nazareno se dirigía triunfante a Jerusalén cuando, de pronto, nadie llegó a saber por qué motivo el apacible borrico alzó el hocico y husmeó con ambas fosas nasales muy abiertas. De repente, rijoso, sacó el mandoble bien erecto

y comenzó a darse golpes de pecho cual pecador arrepentido, rebuznando en señal de contricción como diciendo: Pequé, pequé, pequé.

Hallando el pretexto que buscaba, Vicente Barcia sancionó la proeza vociferando:

—Ya lo vieron, carajo. Se los dije y no quisieron creerme ni hacerme caso. Por ponerle María Ramos le pusimos la cagamos.

—Lo que pasa es que el borrico seguramente olió el tocino —dijo María Palito.

Todo el mundo soltó la carcajada. Los chiquillos tomaron el asunto a chacota y se burlaban con el mayor descaro señalando de paso a Ida Durgel. El padre Brito ya no sabía qué hacer para obligar al asno a enfundar su sable.

Nerviosa, avergonzada y sintiendo que era el hazmerreír del corro, la arrepentida pecadora le echó la culpa al inocente borrico y comenzó a martirizarlo con la vara que llevaba en la mano. Su excitación fue tan violenta que de repente le vino la hemoptisis y vomitó la sangre sobre la limpia túnica morada del Nazareno. Trataron de auxiliarla, pero cuando llegó el doctor Ladera ya estaba muerta.

IX

El yumeca y la bruja

En el velorio de Ida Durgel, Felipe recordó la trastada que Faustina le hizo al yumeca Ambrosio, fornido guachimán de la dársena. Se embriagaba a menudo y hacía alarde de su animalidad. Me la debía desde la vez que el negro del carajo hijo de puta nos descuajaringó el cocinaíto que, a la sombra de un árbol, nos servía Comepán. Se ufanaba de ser inglés de Kingston y el rejodido trataba a los de la isla como gente inferior. A Felipe y los suyos no los dejaba merodear por el muelle ni brujulear entre las casas del morro. Era tan bruto como los animales, pues tenía de éstos el olfato. Consiguió darse cuenta de que Felipe y sus compinches se regodeaban por las noches con la febril Ida Durgel cuyo atractivo lo tenía sin dormir. Al enterarse de tan íntimo asunto resolvió de inmediato sacar partido de su hallazgo y burdamente se dispuso al chantaje para gozar a la hembra.

Una noche, borracho, fue a ver a Ida Durgel.

A esa hora, él sabía que Felipe se había ido.

—¿Qué perdiste, yumeca? ¿Qué andas buscando?

—Mi rebanada de pastel.

Le hizo ver que sabía los chicleos de ella y Felipe. Le prometió callarse si era pródiga y le daba su parte, de lo contrario le contaría el bochinche a Marino Olaya.

Temiendo un nuevo escándalo agregado a los muchos que ya hacían tambalear la posición de Marino en el Gabinete (sí, enojado, me priva de la mensualidad, me jode) creyó prudente someterse al enojo de soportar al chombo. ¿Qué remedio quedaba?

Le grave fue que Ambrosio quiso insistir noche tras noche irrespetando los fueros de Felipe. A toda costa insistió en ser el mandamás.

La pobre Ida lloraba a moco tendido.

—No puedo soportarlo, Felipe. Llévame de su grajo insoportable.

Desesperada, se dejaba arrebatar por la ira; la atacaba la tos y era presa de accesos convulsivos que, a veces, la impulsaban a vomitar la sangre.

Felipe resolvió hablar con Faustina quien, aun recriminando a Ida Durgel por amoral, sentía por ella un culto extraño.

Siendo persona casta y de severas costumbres, todos sabían en la isla que Faustina era hombruna, marimacha, virago.

Alta y delgada (le decían la silampa), con carácter enérgico. Faustina era un misterio, sobre todo por sus pupilas garzas. «No te fíes de afroistmeñas con los ojos azules», decía a menudo el Ñopo Juan. Era una broma salpimentada de ajo, porque, aun odiando a los Durgel sabía de sobra, coño, que Chon Candela, lo tenía apersogado por los huevos. «Que se joda, decía Vicente Barcia. Bien sabemos que más tiran dos tetas que cien carretas.

Faustina era un enigma. Más de un hombre quiso arrastrarle el ala, pero ella, indiferente, los dejó al paio. No faltó algún ingenuo que, despechado, tuviera la inocencia de propalar calumnias. A poco de haberlo hecho, se avergonzaba, y, muchas veces, hasta pedía cacao, según el dicho de Serafín del Carmen. Lo cierto es que a Faustina nadie podía acusarla de impiedades ni se la vio jamás mezclada en el más mínimo asunto que tuviera que ver contra la ética. Las frases infamantes no pasaban de ser suposiciones. Se dice que. Se piensa. No es que yo diga pero.

Lo que nadie negaba era el prestigio que ella tenía como hábil curandera y hasta el mismo don Plácido la consultaba, porque era experta en filtros, brebajes, cocimientos. No había planta o hierba que ella no conociera. Flores, raíces y bejucos medicinales. Las fases de la luna, las mareas, los horóscopos, los signos del zodíaco y los pronósticos del almanaque Bristol. Curaba erisipela aplicando en la parte afectada un sapo vivo. Era preciso colgar luego al batracio por las patas traseras y dejarlo morir.

Como el doctor Ladera había desahuciado a Ida Durgel, Faustina solía atenderla y le hacía ensalmos. Ciertos baños de sábila, mastranto y otras

hojas se los daba ella misma a la sobrina que, desnuda en cuclillas dentro de una enorme batea, recibía esperanzada aquel carisma como un baño de vida. Vertida por Faustina, el agua cálida (debía ser más que tibia, casi caliente) iba cayendo sobre la bella piel de Ida Durgel. Faustina se deleitaba viendo las formas delicadas, los senos aún turgentes, las caderas con pronunciadas curvas, los hombros delicados, la espalda grácil.

Cuando Faustina supo la villanía de Ambrosio, dijo:

—Voy a pararle el **happy**.

Puesta de acuerdo con Felipe supo la hora en que el mulato salía de solazarse con la angustiada Ida Durgel.

—A este carajo no han de quedarle ganas de andar jodiendo.

Esa noche cuando, al salir del **bungalow**, tambaleándose, Ambrosio se dirigía hacia el muelle, se quedó como quien ve visiones.

En medio del camino había un espectro o algo que se le parecía.

Recubierto con la habitual sábana blanca, el difunto yacía entre cuatro velas cuya flama, movida por la brisa, desgonzaba las sombras.

Si el criollo Ambrosio no hubiera estado tan en tragos habría sufrido un instantáneo colapso, pero el alcohol vuelve valientes hasta a los más cobardes.

Supersticioso como era, tenía un puñal en cruz para esos casos.

Se aproximó a la extraña aparición y, sacando el cuchillo, dijo: «Si tú ser muerto, querer misa.» Sin decir nada más alzó el acero, y lo clavó en el suelo hasta la cacha junto a la cabecera del difunto.

Luego, alzando la sábana, comprobó que era una hembra, lo cual le satisfizo. La cubrió nuevamente y, echándose por tierra, esperó que llegara la mañana.

En el momento en que los gallos cantaron, Ambrosio vio que la difunta comenzó a dar señales de vida. Se puso alerta, bien dispuesto a no dejarla escapar. Lo hizo a tiempo, porque en ese momento Faustina, dando un salto, quiso poner los pies en polvorosa. Él, aferrándola, comenzó a darle golpes de modo brusco y despiadado.